

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos.— Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo.— Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscriptores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan, hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

LA MORA ENCANTADA.

TRADICION POPULAR.

HISTORIA DE ARAGON.

I.

Tímida y pensativa, además, miraba la encantadora Zelima desde las altas y escondidas ventanas del castillo de Daroca las numerosas huestes de su esposo, que se aprestaban á la liza: los últimos rayos del sol iluminaban, apenas, la llanura, y reverberaban vistosos en los adornos de los corceles, en los cascos y en los damasquinos alfanges de los guerreros. Un movimiento general se advierte repentinamente en todo el campo; los gefes se vieran presurosos por do quiera comunicar órdenes á sus subordinados, y los instrumentos de guerra indicar el cercano instante de partir. Zelima, triste, sin consuelo, registraba con vista indagadora todo el llano, como si quisiera encontrar á la persona que adoraba. No, no vendrá, exclamó por fin, con un acento de desesperacion, y una lágrima sola abrasadora, surcó sus mejillas.

—¡Zelima! gritó la voz de un guerrero que se presentó en la estancia, y que la estrechó dulcemente entre sus brazos.

—¡Esposo!! ¡Qué! ¿has podido dudar de mi fidelidad, de mi amor..... y tantos sacrificios? ¡Oh! pero sin verme en tanto tiempo..... ¡si supieras!.... soy tan infeliz cuando no estoy á tu lado..... y ahora..... ¿te vas?

—Sí, por fuerza..... lo escigo la libertad de mi patria; mi honor, tu vida, tu amor, ¡Qué! ¿podria yo estar tranquilo á tu lado mientras viva ese rey que detesto, ese rey que amaga sofocar la libertad de Aragon, vilmente protegido por los francos..... ese rey que te amó?

—Que me ama todavía.

—¡Infame! ¿Es cierto? ¿Habrá osado venir á verte cuando yo me ausento de tu presencia? ¿Te habrá hablado de amor?

—¡Ahmar! no, no pudo verme, yo lo prohibí espresamente á los esclavos..... pero ¿te alejas?

—Pronto volveré victorioso á tus pies: te presentaré su cabeza y sus despojos, y te daré la corona de estos reinos. Guerreros leales y valientes guardan las entradas del castillo, y ninguno podrá acercarse á estas murallas.

—Si la perfidia.....

¡Imposible! y qué..... si cuando yo lejos de tu lado peleo por ganarte una corona, por defender tu honor, tu vida; si cuando yo tal vez herido por mi rival, pronuncio al espirar el nombre de mi amada..... si entonces.....

—¡Espeso!

—Si entonces ese vil ganara mis soldados, viniera á tu

lado, te hablara de amor, y pusiera un puñal en tu corazon.

—Moriria.

—¡Tanto amor!

—Si, moriria..... moriria por serte fiel.

Y otra vez se estrecharon dulcemente, y solo se dejó sentir una respiracion violenta, sofocada.

—Adios, Zelima, exclamó Ahmar separándose con prontitud de los brazos de su amada: si Ibnabala une sus tropas á los francos, somos perdidos para siempre: una sorpresa es la única esperanza que nos resta.

—¡Ahmar!

—Escucha: si fuese vencido; si muriese en la pelea...

—¡Qué horror!

—Una cosa te escijo, una sola; júrameo por tus ojos, por esos ojos que son los únicos que saben mirar... júrameo.

—Te lo juro...

—Cuando una eternidad me separe de tí, llega á mi tumba, ora al profeta por mi felicidad, y vierte una lágrima siquiera, una lágrima de compasion.... de amor.... ¿me lo juras?

—¡Dios miol ¡Dios mio!

—Adios... y desapareció el guerrero. Zelima lo siguió con la vista hasta que las numerosas falanges lo confundieron en la multitud. Palidecieron sus mejillas, lanzó un ¡ay! de desesperacion, y cayó desmayada.....

La voz del Muecin convocaba á la oracion desde el alto minarete á los adoradores del profeta.

II.

Una guerra civil devoraba el infeliz reino de Aragon despues de la invasion de los sarracenos. Separados los moros de España del imperio de Alcalifa Ulit que los gobernara por cerca de sesenta años, nombraron reyes particulares en las provincias. En Aragon ecsistian dos facciones, que la una proclamaba por rey á Ibnabala, gobernador de Zaragoza, y la otra defendia el gobierno republicano. Ahmar, gefe de este partido, se habia enlazado con Zelima, sobrina de Muza, á despecho de Ibnabala, que tambien la queria por esposa. Acosado este por todas partes de las tropas republicanas, se habia acogido á Francia y formado alianza con Carlo-Magno que se ofrecia á conquistarle el trono, si consentia á los cristianos establecerse en sus ciudades.

Un ejército formidable de francos pasó el Pirineo, ocupó á Huesca, Barbastro, Monzon y Zaragoza, y se disponia á asediar á Daroca, donde estaba el ejército de Ahmar esperando socorros del de Cuenca. Ibnabala habia procurado hablar á Zelima, que lo despreció abiertamente, y por consecuencia solo ansiaba pelear para vengarse. Ahmar por su parte, seguro de que no podia vencer sino con sorpresas, reunió su ejército de repente, dejó poquísimos soldados en la ciudad, y se lanzó sobre los francos.

La noche se presentaba tempestuosa; densos y lejanos

vapores se levantaban por el horizonte, é impelidos tal vez por el aquilon oscurecian la atmósfera, y ocultaban el disco de la luna que dirigia sus lívidos rayos al través de los negros nubarrones. Sola y vacilante en medio de la oscuridad, semejante á la lámpara que ilumina un bosario desconocido, se veía una luz pálida y débil por una de las ventanas del castillo. Toda la naturaleza en tanto yacia sumida en un silencio profundo interrumpido por el penetrante alarido del centinela, por el siniestro canto de las aves nocturnas, y por el furioso silbido de los vientos.

Zelima recostada sobre la ventana de una torre, observaba con la mayor atención el mas pequeño movimiento de la naturaleza: tal vez creyera oír á lo lejos el ruido de los aceros, y tal vez ayes moribundos que se perdían en la tempestad. Las nubes fingían horrorosas figuras que se cambiaban por momentos. De repente principió á oírse el ruido de los corceles y el sonido de instrumentos de guerra que parecían acercarse; Zelima por un movimiento involuntario se precipita hácia la puerta, pasa el puente levadizo, y se encuentra en la llanura. Los instrumentos y las armas habian cesado casi de repente y todo yacia segunda vez en el mas profundo silencio.

El nombre de Zelima se percibió conducido en una ráfaga de viento, y despues el ruido de un guerrero que se acercaba. ¡Ahmar! ¡Ahmar! exclamó, y se encontró en los brazos de su amado.

— Huyamos, bien mio, gritó este deshaciéndose de los brazos de Zelima. Huyamos si no quieres que nos asesinen los esclavos del tirano, que me persiguen.

— ¡Te ha derrotado!

— Yo seré el único que ha salvado la vida de los nuestros, y la he salvado quizá para perderla en tus brazos.... huyamos; solo en los dominios del de Guenca podemos vivir con tranquilidad.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Zelima, y semejante á un tímido cervatillo, principió á correr con velocidad.

Las nubes habian tomado un incremento extraordinario, y por la parte del Norte se dejaban ya ver algunos relámpagos seguidos de truenos, que se aumentaban por instantes, y que auguraban una horrorosa tempestad. Ahmar derrotado por su contrario, llevaba una herida en el pecho, que pensaba ocultar á su querida; pero la noche, el cansancio y las diversas sensaciones que agitaban su espíritu la habian enconado de tal manera, que ya le era imposible el caminar.

— Animo, vida mia, gritaba Zelima, queriendo consolar á su esposo; salvemos este monte, y podremos ocultarnos en el bosque.

— ¡Imposible! y se dejó caer en el suelo.

Zelima se acercó á él, y lanzó un grito de dolor: ¡está herido!! ¡Dios mio!! y cerró la herida apretándola fuertemente con sus vestidos.

— ¡Zelima! exclamó Ahmar, que habia vuelto en calor con los cuidados de su esposa: cumple tu juramento: cuando yo haya muerto, vierte una lágrima sobre mi tumba.

— ¡Qué horror! dijo llorando la desconsolada mora: háblame de tu amor; por Dios, de tu amor.

— No pronuncies esa palabra, bien mio, no la pronuncies por tu vida... ¡Oh!... es horroroso morir con tanto amor, con tantas ilusiones... morir y dejarte abandonada á ese rival.

— ¡Alá! exclamó Zelima, queriendo ocultar el llanto.... yo te juro que le aborrezco, y que jamas podrá gozarse en mis caricias... Tal vez nos uniremos pronto en el Edén.

— No, no, gritó Ahmar, vive y sé feliz: y levantando un poco la cabeza, miró el campo, y dijo á su esposa: ¿qué son, bien mio, esas luces que vagan por el valle, y se aproximan hácia aquí?

— Nada, nada contra nosotros, contestó Zelima, por no afligir á su esposo. Las luces eran de los satélites del tirano, que los buscaban.

— No llores, no llores por mí, vida mia, que ya no pueden gozarse en mis tormentos... los hombres no mandan sobre la tumba,

— ¡Esposo! ¡

— Adios... adios... Y Zelima se abrazó con él, por recoger su último aliento... Ahmar abrió los moribundos ojos, miró á su esposa, quiso pronunciar una palabra, y espiró.

Una horrible bocanada de viento recogió el último suspiro de Ahmar, y el eco lo repitió en las rocas y en el valle.

III.

Dos horas apenas habian pasado, desde que Zelima, estaba en poder de Ibnabala, cuando este se presentó á visitarla, levantó la hermosa mora la cabeza que tenia recluida sobre la mano, conoció al déspota, y lanzó un ¡ay! de desesperación.

— ¿Tiemblas, Zelima? la preguntó el tirano: ¿tiemblas de verme así?

— ¿Temblar, decís? no; jamás he temblado, jamás: ¿qué queréis de mí? ¿pensáis asesinar me como á Ahmar?

— ¡Asesinaros! no: imposible, Zelima: imposible que perezca la amante que yo adoro: vengo á salvaros, á daros una corona.

— ¡Infeliz! ¿de que sirve la corona sin la vida de mi esposo?

— Mi amor....

— Yo lo detesto, tirano... ¡vuestro amor! ¿y os atrevéis á proponerlo; osáis hablar á Zelima de esa pasión infernal?... primero morir.

— ¡Oh! soy un rey, y vos mi esclava, Zelima: debéis obedecerme.

— Tirano, dijo Zelima con voz magestuosa: si dais un solo paso hácia mí, pronto dejaré de existir; y dirigió una mirada á la ventana como si quisiera medir la altura de la torre.

— No, no, gritó Ibnabala con aire de triunfo: las cerraduras de la ventana impiden que salteis; habeis de ser mia, aunque el profeta mismo os protegiera.

— Imposible, exclamó Zelima, y arrancó un puñal del cinto del tirano, y se lo quiso clavar en el corazón.

— Deteneos, ¡oh! deteneos: ¿y es posible que elijais mas bien la muerte que mi amor?... ¡oh! por piedad.

— La muerte, sí: la muerte será un bien para mí, porque me uniré con mi amado.

— ¿Lo nombrais en mi presencia, y lo nombrais para anteponerlo á mi persona?

— Los tiranos no mandan en la voluntad, Ibnabala.

— Temblad por mi vida.

— ¡Qué! ¿podeis matarme? yo os conjuro en nombre del profeta que lo bagais: si debo vivir á vuestro lado, la muerte es menor martirio para mí.

— La muerte, repitió el tirano. ¡Oh! si.... ¿vos sabeis el género de muerte que os reservo? es horroroso....

— Nada importa; no os vea jamás, y dadme la muerte que queráis.

— ¡No verme jamás!! pues bien.... y dió una voz, y se llenó de esclavos el salon.

— Todavía es tiempo, Zelima: todavía os podeis salvar dijo el rey con voz compasiva.

— ¡La muerte! ¡la muerte! ó no veros jamás, exclamó la mora. Los esclavos se apoderaron de ella, y la arrastraron fuera del salon.....

Un débil rayo de la luna, introducido por las hendiduras del torreón, birió ligeramente la frente lívida de Zelima, que pronunciaba el nombre de su amado.

IV

Dos dias hacia solo que Ibnabala, primer rey moro de Aragon, se habia apoderado de Daroca, y ya la ciudad y los pueblos todos de la comarca, estaban horrorizados sobremanera.

Allá en la soledad de la noche, cuando la naturaleza toda yacia en un profundo silencio, semejante al silencio del sepulcro, en uno de los torreones del castillo, segun algunos, y debajo de tierra, segun otros, se oyeran ayes lastimeros y aciagos quejidos, iguales tal vez á los que daría desde lo profundo de un gótico panteon, una persona á quien hubieran sepultado viviendo. Mil y mil siniestros sucesos auguraba la gente por do quier; desde luego una horrorosa tempestad habia asolado los sembrados: en una nube de fuego, semejante á la divina manga del profeta, sentada como en el trono de Alá, se vió, segun muchos dijeron, una figura horrorosa, que dió cien y cien vueltas por la ciudad, y se quedó estática sobre el castillo: en las noches siguientes, dicen tambien que se vió correr con planta leve por las almenas del torreón, una

figura de muger con un fanal en la mano de livida luz. Unos dicen que era el espíritu de Zelima, y otros que era la misma Zelima que yaciera encantada. Lo cierto es que aquellas lúgubres voces solo se oyeron por ocho dias, disminuyéndose mas y mas cada instante: desde entonces ya no se han oido jamás, y los pueblos todos perdieron su temor.

La historia ha callado este suceso importante; pero la tradicion, que es tambien el eco de las generaciones pasadas, lo ha conservado intacto hasta nosotros.

En nuestros dias hemos visto los muchachos correr azorados al oír repetido por el eco el nombre de *La Mora encantada*, que pronunciaran los mismos al pié del ruinoso torreón. — R. B.

(*La Esmeralda.*)

Amores del rey don Rodrigo con la princesa Eliata.

Ocupado aun el corazón de Rodrigo con los combates que habia sufrido en tan temprana edad, sus empresas guerreras y las inquietudes que habian acompañado á su reciente advenimiento al trono, no habia experimentado las dulces sensaciones del amor. Varias anécdotas se refieren sobre la primera beldad que halló gracia á sus ojos y fué elevada por él al trono, pero nosotros nos limitaremos á seguir los detalles de un cronista árabe (1) á quien dá por auténtico uno de los mas célebres poetas españoles (2)

Entre las pocas plazas fortificadas que no habia querido desmantelar don Rodrigo, se hallaba la antigua ciudad de Denia, situada en las costas del Mediterráneo y á la que defendia un castillo edificado sobre una alta roca que dominaba perfectamente el mar.

El alcaide de la fortaleza acompañado de mucha gente de la ciudad, estaba un dia en la iglesia implorando á la Virgen que ahuyentara una tempestad que azotaba las costas, cuando un centinela trajo la noticia de que un crucero morisco estaba preparándose á desembarcar en la playa. El alcaide dió inmediatamente órdenes para que las campanas tocasen á rebato y se encendiesen hogueras en las eminencias de la montaña, con objeto de avisar y alarmar á los pueblos circunvecinos, pues estaban espuestas las costas á las crueles devastaciones de los cruceros berberiscos.

No tardaron mucho en aparecer á caballo innumerables habitantes de las cercanias, armados con lo que primero pudieron hallar á mano, y todos precedidos por el alcaide que se constituyó en jefe, salieron de la ciudad. Al mismo tiempo, el barco morisco remaba desapoderadamente por llegar á la orilla. Ya le faltaba poco para conseguir su objeto, y los soberbios figurones dorados que decoraban su exterior, sus magníficos gallardetes y band-rolas de seda, la multitud de los remos caprichosamente pintados, daban á entender que no era un buque de guerra, y si una suntuosa galera destinada á alguna ceremonia de estado. Traia todas las señas del temporal, rotos los masteleros, medio destruidos los remos, y trozos del velamen y de las banderolas esparcidos por todas partes.

Al encallar el naufrago barco en la arena, la turba impaciente de cristianos se lanzó á él, ávida de cautivos y despojos; no pudo menos, sin embargo de pagar alguna admiración y respeto á la ilustre compañía que venia á bordo, donde se hallaban moros de ambos sexos lujosamente ataviados y revelando en su noble aspecto y en la multitud de joyas que les adornaban el alto rango á que pertenecian. Notábase entre todos una jóven radiante por la riqueza de su traje y su singular hermosura, á quien todos parecian rendir cierta sumision.

Varios moros, la rodearon con los alfanges desnudos, amenazando con la muerte al que se atreviere á acercarse. Otros saltaron del buque, y corrieron á pedir de rodillas al alcaide que por su honor y nobleza como caballero, protegiese á una virgen real de las injurias é insultos de sus secuaces.

«Ante vos teneis, señor le decian, á la hija única del rey de Argel; á la prometida esposa del hijo del rey de Tunez. La ibamos conduciendo á la corte de su futuro esposo, cuando la tempestad nos separó de nuestro camino, obligándonos á refugiarnos en vuestras costas. No seais mas cruel que la tempestad, y prodigadnos generosamente lo que las olas y la tormenta nos han negado.»

El alcaide dió oídos á sus súplicas. Condujo á la princesa y toda su comitiva al castillo, donde se le hicieron todos los honores correspondientes á su clase. Varios de sus antiguos vasallos intercedieron por su libertad, ofreciendo cuantiosas sumas que en nombre de su padre, pagarian por el rescate; pero el alcaide desoyendo sus deslumbrantes ofrecimientos «es una cautiva real, decia, y solo mi soberano puede disponer de ella.» Por lo tanto, despues de haberla dejado descansar algunos dias en el castillo, y cuando se hubo recobrado enteramente de las incomodidades de la travesía y del terror de los mares, hizo que la condujesen con toda su comitiva y con la pompa correspondiente á una princesa, á la corte de don Rodrigo.

Entró, pues, la hermosa Eliata (1) en Toledo mas bien como una soberana triunfante, que como cautiva. Un cuerpo escogido de caballeros cristianos, cubiertos de ricas armaduras, abrian la marcha como simple guardia de honor. Rodeaban á la princesa las damas moras de su comitiva, y la seguian su guardia musulmana ostentando todos, el lujo que tenian reservado á la corte de Tunez. La princesa iba vestida en traje de novia, con los atavios mas costosos del oriente; su diadema centelleaba con el fuego de sus diamantes, y estaba adornada con las plumas mas raras y preciosas del paraíso; aun el mismo jaez de seda de su soberbio palafren que apenas tocaba el suelo, estaba bordado con perlas y piedras preciosas. Al atravesar la brillante cabalgada, el puente del Tajo, no quedó habitante en Toledo que no saliese á contemplarla, no oyéndose por toda la ciudad otra cosa que alabanzas á la sorprendente hermosura de la princesa argelina. Adelantóse el rey Rodrigo seguido de los caballeros de su corte á recibir á la real cautiva. La vida voluptuosa á que últimamente se habia entregado, habia dispuesto su corazón á las sensaciones amorosas, y á la primera vista de la sin par Eliata, quedó enteramente rendido á sus encantos. Viendo su hermoso semblante alterado por el sentimiento, y la ansiedad, trató de consolarla con dulces y corteses palabras, y conduciéndola á su real alcazar «he aquí la dijo, tu habitacion, donde nadie osará molestarte; desde este instante puedes considerarte en la mansion de tu padre y disponer á tu placer de cuanto apetezcas.»

Allí quedó, pues, la princesa con las damas que la habian acompañado de Argel, y á nadie era permitido visitarla excepto el rey, que cada dia sentia aumentarse mas su amor hácia la tierna cautiva, tratando por cuantos medios estaban á su alcance atraerse su afecto. Tan dulce tratamiento comenzó á disipar en la princesa el natural dolor de su cautiverio, pues justamente se hallaba en esa florida edad en que el sentimiento no puede albergarse por mucho tiempo en el corazón. Acompañada de las jóvenes damas de su corte, visitaba los anchurosos salones del palacio, y aspiraba en divertidos paseos, el embalsamado ambiente de los jardines. Cada dia le inquietaba menos el recuerdo de la casa paterna, y cada dia aparecia el rey mas dulce y mas amable á sus ojos, y cuando por último le ofreció dividir con ella su corazón y su trono, le escuchó con los ojos bajos y ligeramente sonrojada, pero con aire de resignacion.

Un obstáculo quedaba aun que superar para cumplir los deseos del monarca y era la religion de la princesa. Rodrigo inmediatamente, encargó al arzobispo de Toledo, que iniciase á la bella Eliata en los santos misterios de la fé cristiana. La inteligencia femenil es al mismo tiempo que dócil, muy pronta en concebir las excelencias de las nuevas doctrinas, asi que, no tardó mucho el arzobispo en lograr su conversion como tambien la de la mayor parte de sus damas; señalando en seguida el dia en que habia de celebrarse el bautismo público. La ceremonia se efectuó con gran pompa y solemnidad en presencia de toda la nobleza de la corte. La princesa y las damas, vestidas de blanco,

(1) Pérdida de España por Abulcacion Tarif Abentaque.

(2) Lope de Vega.

(1) Algunos la llaman Zara.

marchaban á pié hácia la catedral, en tanto que una tropa de hermosísimos niños vestidos de ángeles iba sembrando el camino con flores, y el arzobispo, saliéndoles al encuentro, las recibió, se puede decir en el seno de la santa iglesia. La princesa abandonó desde aquel momento su nombre morisco y fué bautizada con el de Exilona por el cual se la llamó en adelante y es generalmente conocida en la historia.

Las bodas de don Rodrigo con la hermosa convertida se verificaron poco despues, celebrándose con la mayor magnificencia. Hubo fiestas, torneos, banquetes y otros regocijos públicos, que duraron por espacio de veinte días y á los cuales acudieron los nobles de todas partes de España. Despues de esto, los individuos de la comitiva de la princesa que rehusaron abrazar el cristianismo y deseaban volver á Africa, fueron enviados á ella con magníficos regalos y acompañados por una embajada al rey de Argel para participarle el enlace de su hija y asegurarle la sincera amistad de don Rodrigo.

(La Crónica.)

A MI ADORADA MADRE.

¡Madre del alma! responde.
¿Cómo así tan enojada?
¿Porqué evitas la mirada
del hijo á quien diste el ser?
Nublado está tu semblante.....
nublados están tus ojos.....
¡Quien pudo causarte enojos!
¡Quién te ha podido ofender!

¡Ay de mí! Todo lo veo,
funesto error me ha cegado,
y un hijo ingrato y malvado
he sido yo para tí.
Mas ya me tienes ¡oh madre!
á tus pies arrepentido;
dame el perdon que te pido,
ó espiro de angustia aquí.

No me ocultes esos ojos
que con tanto fuego adoro,
no me ocultes el tesoro
mas preciado para mí
Y en tu desden rigoroso
contempla madre y señora,
que es un hijo quien te implora
con ardiente frenesí.

¡Ah! si, si; yo no ambiciono
mas tesoro ni mas gloria
que el borrar de tu memoria
esa funesta afliccion.
Ver alegre tu semblante,
vivir en tu compañía,
y adorarte, madre mía,
con todo mi corazon.

¿De qué me sirve en el mundo
esta ecsistencia maldita,
si en esa frente marchita
miro pintado el dolor?
¿De qué el seductor arrullo
de la lisonja mentida,
cuando mi madre querida
me trata con tal rigor?

Rompa, rompa el pecho mio
la pena devoradora,
y halle la tumba traidora
despojos en su mansion.
¿Qué es la vida para un hijo
que se ve así abandonado?...
Yugo tenaz y pesado,
signo atroz de maldicion!..

II.

¡Pero no! necia locura
que en mi delirio he soñado,
no cabe en tu mente pura
el dejarme abandonado
sin consuelo en mi amargura.

Es imposible, imposible
que abrigue tu alma amorosa
una idea tan horrible....
antes fuera preferible
la muerte mas espantosa.

Bastante agonía siento
en mi pecho aconjugado,
pues con horrible tormento
me oprime el remordimiento
de haberte quizá olvidado.

¿Qué he dicho? ¡olvidarte! no:
Calle la lengua engañosa.
¡Olvidarte madre yo!
Tan tierna tan cariñosa.....
mintió mi lábio, mintió.

Fascinado, seducido
por el albagó mentido
de quien mi fe quebrantó,
falso camino he corrido
donde el error me cegó.

Jóven audaz y sencillo,
con ambicion en la mente.....
¿qué extraño es que incautamente
cegára ante el falso brillo
de una beldad esplendente?

¡Cuitado! yo la seguí,
mi ingratitud te confieso.
¿Qué mas esiges de mí?
Mas en mi lúbrico exceso
jamás me olvidé de tí.

Pues en medio del ensueño
que á un error me conducia,
siempre dulce y alhagueño
veia el rostro risueño
de la madre que ofendia

¿Cómo ahogar el grito fuerte
de la conciencia? ¡imposible!
tenáz por mi buena suerte
con un acento terrible
me hacia enojada verte.

Pero de hoy mas, madre mia,
tu sola serás mi guía,
á tu lado viviré,
y el pesar y la alegría
contigo dividiré.

Huyan pues esos errores
que alucinaron mi mente.
Marchítense cual las flores,
y á la par brille luciente
la luz de nuestros amores.

Tu cariño, tu ternura
ansía solo el pecho mio,
depón tu justicia dura,
y haz por borrar la amargura
que me causó tu desvío.

Como dejar de ablandarte
si tu pecho no es impío?
mira bien el dolor mio,
que él te hará al fin olvidarte
de mi triste desvarío.

.....

Pero ¡ay! que en esa mirada
mi dicha veo cifrada;
venga la muerte ó la vida
que ya no temo yo nada
junto á mi madre querida.

J. J. Nieva.